

de competencia de su parte para la labor a que se han dedicado, ni le resta mérito y valor a la contribución por ellos realizada. Todo lo contrario: tal hecho tiene un significado de real importancia para el adelanto de las relaciones literarias entre las Américas, puesto que promete un contacto cada vez más directo de escritor a escritor, de artista a artista, e indica que el interés en este país por las letras latinoamericanas se generaliza paulatinamente, sobrepasando los límites de las aulas universitarias. Por lo tanto, tal obra de críticos profesionales norteamericanos en favor de la mayor divulgación de la buena literatura latinoamericana, aumenta considerablemente la labor realizada en dicho sentido por los universitarios y merece su más sincero aplauso.

WILLIAM BERRIEN,
The Rockefeller Foundation,
New York.

ARTURO ALDUNATE PHILLIPS, *Estados Unidos. Gran aventura del hombre.*—Santiago, Chile, Editorial Nascimento, 1943. 382 pp. Ilustraciones de Gustavo Carrasco Délano.

Legión forman ya las "impresiones" de los Estados Unidos últimamente escritas por hispanoamericanos. La gran mayoría de ellas no pasan de ser sino un conjunto de observaciones hechas al vuelo, fruto de un viaje corto en que se veía lo que se quería ver o lo que se creía era este país. Parecidos a nuestros "paracaidistas" a la Gunther —y quizá a veces aun con menos títulos que los nuestros—, tales intérpretes de buena voluntad suelen llegar a nuestras playas con preceptos y prejuicios tan arraigados, que sólo alcanzan a entender a medias los pocos aspectos de nuestra vida heterogénea que les sea permitido saborear en unos cuantos meses de experiencias contradictorias y despistadoras.

Divídense estas "impresiones" en dos categorías principales: 1) diarios, en que el autor suele contentarse con describir lo externo que le tocó atisbar, dando relieve a esas facetas de la vida norteamericana ya vislumbreadas —y erróneamente interpretadas— a través del cine y de la leyenda gastada del "coloso" imperialista y materialista del norte; y 2) libros de análisis espiritual, en que sobran generalizaciones interpretativas hechas a base de los comentarios de unos cuantos individuos de otras tantas regiones del país, motivadas éstas también por los arcaicos y falsos predicamentos de los tiempos de Rodó.

En la breve reseña presente no cabe repasar la lista de dichas "impresiones" contemporáneas, que a veces denuncian su parentesco con las invectivas y puerilidades de la generación de profesionales anti-imperialistas de principios del siglo y de la que aceptó a ciegas las primeras interpretaciones "hollywoodescas" de nuestra vida nacional, más bien que con las observaciones acertadas y penetrantes de los Sarmiento y los Martí

del siglo pasado. Algún día se espera poder trazar el desarrollo de estos dibujos literarios. Baste afirmar, por ahora, que queda por escribirse todavía el libro meditado y profundo que analice acertadamente la totalidad de la vida norteamericana.

Aldunate Phillips no quiso escribir tal libro. Pero por no haber sido ésta su primera visita al país, no se dió a repetir las ya gastadas descripciones de nuestra epopeya de Calibán; tampoco llegó cargado de toda una tradición de resentimiento hispanoamericano, porque le tocó conocernos por primera vez durante otra grave crisis de la nación —el *crash* de 1929—, que describe como “el necesario preámbulo para la llegada de la prueba definitiva que hoy nos confronta”. Para él, desde 1929 en adelante se está creando aquí una nación nueva que invita a los latinoamericanos a que se acerquen a ella libres de la actitud de defensa y de complejo de inferioridad que todavía tiene ofuscados a muchos que nos quisieran entender. Tampoco vino con la intención, igualmente repreensible, de halagar nuestra vanidad nacional o de “trompetear” lo duradero y lo idílico de las actuales relaciones interamericanas. Entiende bien que, para sobrevivir, la política del Buen Vecino pasó ya la hora de las frases vacías y encubridoras; ve muy a las claras que precisan ahora esa confianza y esa sinceridad contra las cuales se tiran en vano los espectros de otros tiempos y las incompreensiones momentáneas de todos los días. Sólo la verdad puede servir ahora para fortalecer y robustecer la amistad interamericana.

Admirador entusiasta, pero no ciego ni adulator, conversó con muchos ciudadanos nuestros de todas las etapas sociales, confrontando los opuestos puntos de vista, el denigrante y el apologista. Optó por creer que el país está en camino de forjarse una ejemplar vida espiritual. Veamos, por ejemplo, un solo caso entre otros varios de interpretación justa y acertada: en una época en que muchos representantes de la vieja generación condenaban a nuestra juventud por pacifista y débil, gritando que le faltaba la médula del pionero, arquetipo del *rugged individualist*, creador del país, Aldunate Phillips comprendió la actitud sana, sobria y realista de esa juventud que hoy mismo, en todas las partes del mundo, viene dando tan irrefutables pruebas de su heroísmo y de su fe. Comprendió que gracias a esa misma juventud América seguiría cumpliendo con su destino, que otro ha de ser de lo que fué, y que por ello requiere otra dirección ideológica y espiritual. Y comprendió, en fin, que el peligro para el futuro de la nación no estriba en los tanteos deliberados de esta misma juventud, sino en la arrogancia beligerante estrechamente nacionalista de muchos seres de la vieja generación que se niegan a aceptar que América va en transición hacia otros conceptos socio-económico-políticos, que se espera acaben de una vez con las principales causas de la crisis que hoy amenaza al país y al mundo entero.

Perfectamente enterado, pues, del hondo significado de la actual política interna del país, ruega a las naciones hermanas latinas que mantengan su fe en nosotros, añadiendo, sin embargo, con actitud realista y franca, que al mismo tiempo se hagan fuertes por mutua colaboración y

comprensión entre sí, sin dejar por eso de establecer y guardar buenas relaciones con otros pueblos no americanos. Lejos de ser esto consejo ingrato o traición inmerecida contra la política del Buen Vecino, tal posición, al contrario, se halla justamente armonizada con la que habrá de adoptar este país en la política internacional de la postguerra.

Aparentemente inconexos entre sí, Aldunate Phillips ha escogido con cuidado y selección inteligentes aquellos aspectos de nuestra vida de ayer y de hoy que en su opinión mejor revelan la ideología, la filosofía y el carácter americanos — “la trayectoria espiritual... la modalidad de vida... la inconsciente orientación... de nuestra historia”. En capítulos cortos habla de Whitman, de Walt Disney, de Lincoln, de Edison, de Roosevelt, de Wallace; de nuestra técnica médica, de los empleados públicos, del *Reader's Digest*, haciendo destacar así lo paradójal del tipo humano americano, protagonista de la “gran aventura del hombre”. Señala como lacras de nuestro pueblo arraigados prejuicios raciales y una preocupación demasiado prevalente aún por lo material, reconociendo al mismo tiempo que somos una nación de idealistas y de soñadores. Y para terminar, debemos agradecerle otras tantas justas observaciones que hace respecto a los conocidos comentarios sobre nuestra incultura y mala educación: “En el fondo, actuando con un material humano superior, Estados Unidos ha puesto en práctica la idea de dar preferencia a la masa sobre el individuo para que de una vez por todas cada ser viviente pueda aspirar a la mínima dignidad a que tiene derecho. Esta nueva política del *standard life* representa dentro del desenvolvimiento de la cultura humana una de las revoluciones más formidables de la historia del hombre y es la característica más distintiva del pueblo americano.”

A nosotros, como nación y como individuos, se nos impone el no quebrantar nuestra fe hacia quienes tan honesta y generosamente han intentado sondear nuestra vibración espiritual.

JOHN E. ENGLEKIRK,
Washington, D. C.

HORACIO QUIROGA, *Sus mejores cuentos*. (Biblioteca de CLÁSICOS DE AMÉRICA. Ediciones del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana. Vol. III.) Introducción, selección y notas de John A. Crow.— México, 1943. LII, 290 pp. 2 dólares.

“El más grande de los cuentistas americanos”: tal la jerarquía justísima, establecida por el profesor John A. Crow, en el denso prefacio escrito para este libro. Y por primera vez, nos ofrece una perfecta selección de la obra de Quiroga, selección realizada por el propio profesor Crow, autor igualmente de las notas que acompañan estas narraciones. El genio creador del originalísimo artista uruguayo puede ser ampliamente valorado en la presente obra, que presta un gran servicio a la di-